

El Magnificat



Un viejo y sabio sacerdote agustino compartió una vez esto en clase. Hay días en mi vida en los que todo, desde las presiones de mi trabajo, hasta el cansancio, la depresión, la distracción o la pereza, me dificultan la oración. Pero, pase lo que pase, siempre intento rezar al menos un Padre Nuestro sincero y concentrado cada día.

En los Evangelios, Jesús nos deja el Padre Nuestro. Es la más preciosa de las oraciones cristianas. Sin embargo, los Evangelios también nos dejan otra preciosa oración cristiana, que no es tan conocida ni practicada como el Padre Nuestro. Se trata de la oración que los Evangelios ponen en boca de María, la Madre de Jesús. Conocida como el Magnificat es, para mí, la oración cristiana más preciosa que tenemos después del Padre Nuestro.

El Evangelio de Lucas pinta la escena. María, embarazada de Jesús, va a visitar a su prima Isabel, que está embarazada de Juan el Bautista. Tradicionalmente llamamos a esto "La visita" y lo que ocurre entre estas dos mujeres es mucho más de lo que parece a primera vista. No se trata de una simple fiesta de revelación de género. Escrita más de ochenta años después de que se produjera el acontecimiento, es una reflexión posterior a la resurrección sobre el significado de lo que cada una de estas mujeres llevaba en su vientre, que cambia el mundo. Además, las palabras que se dirigen unas a otras también hablan de una realidad posterior a la resurrección. En este contexto, los Evangelios hacen que María pronuncie las palabras del Magnificat. ¿Qué son esas palabras?

Son palabras que agradecen y alaban a Dios por haberse puesto del lado de los pobres, los humildes, los hambrientos y los oprimidos de este mundo, por haberlos levantado y haberles dado la victoria,

incluso cuando derribó a los poderosos de sus tronos y los humilló. Sin embargo, su oración pone todo esto en tiempo pasado, como si ya fuera un hecho consumado, ya una realidad en nuestro mundo.

Sin embargo, como el personaje de los dibujos animados, Ziggy, recordó una vez a Dios en una oración: "¡Los pobres siguen siendo apaleados aquí abajo!". En gran parte, esto parece ser así. Si observamos nuestro mundo, vemos que la brecha entre ricos y pobres es cada vez mayor, cientos de millones de personas se acuestan con hambre cada noche, la corrupción y el crimen están por todas partes, y los poderosos aparentemente pueden simplemente tomar lo que quieran sin repercusiones. Tenemos casi cien millones de refugiados en nuestras fronteras en todo el mundo, y las mujeres y los niños siguen siendo víctimas de todo tipo de violencia en todas partes. Y lo que es peor, parece que las cosas van a peor, no a mejor. Entonces, ¿dónde vemos que Dios ha derribado a los poderosos de sus tronos, ha levantado a los humildes, ha colmado de bienes a los hambrientos y ha despedido a los ricos con las manos vacías?

Lo vemos en la resurrección de Jesús y en la visión de esperanza que nos da esa realidad. Lo que María afirma en el Magnificat es una verdad profunda que sólo podemos captar en la fe y la esperanza, a saber, que aunque en el presente parezcan reinar la injusticia, la corrupción y la explotación de los pobres, habrá un último día en el que esa piedra opresora rodará de la tumba y los poderosos se derrumbarán. El Magnificat es la última oración de esperanza, y la última oración por los pobres.

Tal vez sea mi edad, tal vez sea el desánimo que siento la mayoría de las tardes al ver las noticias, o tal vez sean ambas cosas, pero, a medida que envejezco, hay dos oraciones (aparte de la Eucaristía) que me resultan muy valiosas: el Padre Nuestro y el Magnificat. Al igual que mi viejo mentor agustino, ahora me aseguro de que no pase ningún día en el que la presión, el cansancio, la distracción o la pereza me impidan rezar al menos dos oraciones con concentración y atención, el Padrenuestro y el Magnificat.

No siempre ha sido así. Durante años, miraba el Magnificat y veía allí sólo la exultación de la María de la piedad, todas las letanías y alabanzas de María agrupadas en una sola. No es que haya nada de malo en ello, ya que la María de la piedad es alguien a quien millones y millones, sobre todo los pobres, acuden en busca de la guía, el consuelo y la simpatía de una madre. Pocos discutirían la bondad de esto, ya que constituye una rica mística de los pobres, y de los pobres de espíritu.

Sin embargo, el Magnificat no trata tanto de la exaltación personal de María como de la exaltación de los pobres. En esta oración, ella da voz a cómo Dios responde en última instancia a la impotencia y la opresión de los pobres. Henri Nouwen escribió una vez que ver las noticias de la noche y ver el sufrimiento en nuestro mundo puede dejarnos deprimidos e impotentes. Deprimidos por la injusticia que vemos, impotentes porque parece que no hay nada que podamos hacer al respecto.

¿Qué podemos hacer? Podemos rezar el Magnificat cada día dando voz a cómo Dios responde en última instancia a la impotencia de los pobres.

Ron Rolheiser, omi

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/el-magnificat